

El vínculo comunitario y el poder en Ibn Jaldún

ANA MARÍA MINECAN
Universidad Complutense de Madrid (UCM)

I. INTRODUCCIÓN

El trabajo que se presenta a continuación pretende adentrarse en el análisis de la teoría política ofrecida en la monumental *Introducción a la Historia Universal (Al-Muqaddima)*. Nacido en Túnez (1332), su autor, Abd al Rahman b. Muhammad b. Haldun al-Hadrami, tuvo una vida muy activa como político, que lo llevó desde Marruecos hasta Egipto; fue embajador ante Pedro el Cruel de Castilla y prestó servicio al gran Tamerlán. Su obra constituye una auténtica fuente de pensamiento en la que se condensa la tradición griega e islámica con brillantes intuiciones originales. Por ejemplo, cinco siglos antes de que Darwin descubriera las características específicas de la evolución, nuestro autor escribió que los humanos se desarrollaron a partir «del mundo de los monos» a través de un proceso mediante el cual «las especies se hacen más numerosas», y, medio milenio antes que Karl Marx, dibujó las implicaciones sistemáticas de la teoría del valor señalando que «el trabajo es la base real del beneficio».

Es además, según Elías Trabulse, uno de los más grandes filósofos de la historia en quien la acción y la contemplación lograron en ciertos instantes una síntesis perfecta. Fue asimismo un historiador de la aristocracia y un político fracasado como Tucídides, con quien a menudo se le compara. Filósofo de la decadencia de las culturas,

su obra es sin duda uno de los monumentos históricos más impresionantes de la historia del pensamiento.

Nuestro análisis se centra en cinco aspectos clave de su visión política, abordando así solo una pequeña fracción del saber condensado en las más de 1.600 páginas de la obra, a saber, la definición del hombre y de la sociedad humana, los vínculos entre la sociedad y su base económica, los elementos fundamentales de la soberanía y el poder, el significado del vínculo social condensado en la noción de *asabiya* y las fases por las que necesariamente toda sociedad transita desde su institución hasta su disgregación. Antes de comenzar solo nos queda presentar, en palabras del propio Ibn Jaldún, el objetivo que se propone lograr con esta admirable obra.

En su composición y organización he adoptado un sistema inusual y he elegido entre las diversas posibilidades una forma novedosa y un método innovador en cuanto a su enfoque: Explico en él las particularidades de la civilización y del asentamiento en ciudades, y presento a la sociedad humana en sus rasgos esenciales para que así pueda entender el lector las causas y fundamentos de los acontecimientos, comprender cómo tuvieron sus orígenes las diversas dinastías, y consiga librarse de visiones tópicas y se dé cabal cuenta de las circunstancias de los períodos y pueblos que precedieron y de los que sucederán¹.

2. DEFINICIÓN DEL HOMBRE Y DE LA SOCIEDAD HUMANA

Tras haber planteado la esencia de su proyecto, Ibn Jaldún comienza, en el capítulo primero del Libro I, a analizar los rasgos fundamentales que definen al hombre como ser primordialmente comunitario.

Eso es lo que quieren decir los sabios cuando afirman que «el hombre es social por naturaleza», es decir, que no puede vivir sino en sociedad o, lo que es lo mismo, en la ciudad, según el término que utilizan. Este es el sentido de la civilización. [...] Pero ocurre que la capacidad de un solo individuo del género humano no basta para satisfacer sus necesidades de alimentación, de manera que no lograría, por sí mismo, la cantidad necesaria para vivir.

¹ Ibn Jaldún, *Introducción a la historia universal*, Córdoba, Editorial Almuzara, Biblioteca de Literatura Universal, 2008, págs. 8-9.

[...] Y es imposible que para esto, o solo para parte de ello, basten las fuerzas de un solo hombre, sino que necesariamente requiere la asociación de muchas capacidades de los que se dedican a los respectivos oficios, para que tanto su alimento como el de los demás pueda ser obtenido. [...] La sabiduría divina ha decretado su permanencia y la supervivencia de la especie, y por eso la mutua cooperación es indispensable para el género humano pues, sin ella, ni su existencia podría mantenerse, ni se cumpliría el deseo de Dios de habitar el mundo con hombres y hacer que vivan en él como representantes suyos².

Para nuestro autor, el ser humano se distingue del resto de animales, principalmente por su pensamiento, su capacidad de desarrollar las artes y las ciencias, por su esfuerzo por ganarse la vida, por la necesidad de obedecer a la autoridad y por el desarrollo de una estructura de relación interpersonal, cultural, económica y social que recibe el nombre de civilización (*umrán*). Nuestro trabajo se centrará en las últimas tres características que establecen las bases de la organización política.

Como hemos podido comprobar en el texto anterior, la organización humana fundamental es la sociedad civil, formada por un conjunto heterogéneo de individuos que se asocian libremente, impulsados por una serie de necesidades biológicas y psicológicas.

2.1. *El sustento y la seguridad*

Dado que el ser humano, de manera individual, no es capaz de procurarse los medios necesarios para garantizar su supervivencia, precisa entablar una serie de lazos que posibiliten la colaboración, multiplicando de esta forma la fuerza necesaria para pervivir. Por tanto, la sociedad es concebida por Ibn Jaldún como un fenómeno natural cuyas dos causas fundamentales son las necesidades económicas y de seguridad, pues las limitaciones humanas no acaban en los problemas para procurarse el sustento, sino que también se refieren a la incapacidad del individuo solitario de defenderse de las agresiones naturales externas.

La agresividad, señala nuestro autor, es una característica innata de los animales, dotados, por ello, de elementos especializados para defenderse y resistir el ataque. Por su parte, el hombre carece de ga-

² *Ibid.*, págs. 69-71.

rras o colmillos, pero posee, en compensación, dos herramientas igualmente eficaces: la inteligencia y la mano. Ambas procuran, en combinación, los elementos necesarios para la defensa. Pero dada la frágil constitución del hombre que conlleva la imposibilidad de permanecer constantemente alerta, resulta imprescindible la alianza con otros para garantizar la defensa de las agresiones externas. Así, el hombre debe esforzarse constantemente para ganarse la vida y garantizar su seguridad.

2.2. *Obediencia a la autoridad*

Sin embargo, las agresiones no tienen meramente un origen externo, ya que, una vez establecida la vida en comunidad, y solventadas las necesidades primarias, al hombre se le hace imprescindible la existencia de una autoridad. Nuestro autor sentencia de forma tajante que el ser humano es el único animal que no puede vivir sin que alguien le gobierne. La explicación de este rasgo que, para Ibn Jaldún, deriva directamente de la naturaleza humana se basa en el hecho de que, al igual que sucede con los animales, en el instinto humano existe la agresividad y la injusticia. Dotados de las armas que fabricaron para defenderse de las agresiones naturales, los hombres se vuelven unos contra otros. Por ello es necesario un instrumento que defienda al hombre del resto de sus semejantes y este no puede proceder de otro lugar que de la comunidad misma. De esta forma, entre aquellos que constituyen la sociedad, debe haber uno que domine sobre los otros y ejerza una autoridad que evite las agresiones mutuas. «Y este es el sentido del poder-real, que constituye un rasgo específico del hombre y le es absolutamente necesario»³.

Sin embargo, hemos de insistir en el hecho de que esta organización social no es concebida por nuestro autor como efecto de algún tipo de orden preestablecido por el que inevitablemente unos deban someterse al liderazgo de otros. Dado que los hombres son iguales, en lo que se refiere a sus rasgos constitutivos generales, no es posible hablar de la existencia de unos que deban gobernar necesariamente sobre los demás, sino que el ordenamiento de la sociedad civil es fruto de la decisión del pensamiento consciente y de la capacidad organizativa del hombre.

³ *Ibíd.*, pág. 71.

[...] gracias a que Dios hizo que los hombres ordenasen sus acciones y percibiesen su secuencia por medio del pensamiento, estableció en ellos la vida organizada y los hizo aptos para la organización por vía de la dirección política y por medio de normas racionales que les aparten de lo nocivo y les conduzcan hacia el progreso, librándolos de lo inconveniente y proporcionándoles lo saludable⁴.

Finalmente, una vez colmadas las necesidades primarias e instaurado el gobierno, la sociedad comienza a crecer como civilización (*umrán*) urbana, pues esta es la meta, según Ibn Jaldún, de cualquier organización social. El término *umrán*, clave en toda la obra jalduniana, procede de la raíz árabe *amr* que significa vivir en un lugar, relacionarse con alguien, cultivar la tierra, cuidar una casa, hacer prosperar, tener muchas amistades, fijar su residencia. Por tanto, en este término se engloban todos aquellos aspectos que influyen en el carácter de una sociedad: las costumbres, los diversos sentimientos de superioridad que unos pueblos tienen sobre otro, las ocupaciones habituales a las que los hombres consagran sus trabajos y esfuerzos, la religión, la ciudad, el domicilio, el poderío, la decadencia y el crecimiento de la población, su disminución, las ciencias y las artes.

Para Ibn Jaldún la civilización es el Estado social del hombre natural y necesario que connota la idea de un orden y acuerdo existente entre una serie de individuos que forman una colectividad con el fin de conservar y desarrollar la misma. Es en definitiva la realidad siconatural donde aparecen y desaparecen los fenómenos generales y los actos singulares de los individuos.

Sin embargo, adelantamos aquí, esta organización no perdura infinitamente, sino que necesariamente, en un momento dado, detiene su proceso de desarrollo y crecimiento, manteniéndose estable por un breve período de tiempo, tras el cual comienza su inevitable declive. «Y esto mismo ocurre con la civilización en la organización social humana, pues representa un límite que no se puede sobrepasar»⁵.

3. SOCIEDAD Y ECONOMÍA

Tal y como hemos señalado en el punto anterior, según Ibn Jaldún, el ser humano se distingue, en primer lugar, por su esfuerzo en ganarse la vida. «Debe saberse que “ganarse la vida” quiere decir

⁴ *Ibíd.*, pág. 790.

⁵ *Ibíd.*, pág. 673.

“deseo de obtener el sustento y esfuerzo para conseguirlo”. Es un término derivado de “vida” y expresa que la vida —es decir, la existencia—, no se logra más que de esta forma, y por ello la denominamos de esta manera»⁶.

3.1. *Clima y recursos*

Sin embargo, antes de adentrarnos en los rasgos fundamentales de la economía jalduniana, hemos de analizar dos de los factores principales que determinan la vida de los hombres, a saber, el clima que habitan y los recursos de los que disponen.

Nuestro autor divide la tierra conocida en tres climas (cálido, frío y templado), teniendo en cuenta en general la temperatura atmosférica en combinación con la altitud y la latitud de cada zona. En base a ello, sostiene que los rasgos de carácter son una de las consecuencias de las características del medio ambiente e igualmente deduce del hecho de que no en todas las zonas las condiciones son adecuadas, que cada pueblo, según el lugar que habite, desarrollará una organización social distinta.

Respecto al influjo del clima en la constitución anatómica del hombre, cabe destacar la explicación de corte «evolutivo» que nuestro autor ofrece de la raza negra.

Algunos genealogistas que no tienen conocimiento de la verdadera naturaleza de las cosas sostienen que los negros son hijos de Cam, hijo de Noé, y que fueron señalados con el color negro por una maldición de su padre que dejó como huella ese tono y el hecho de que Dios los destinara a ser esclavos. [...] Decir que el color negro está relacionado con Cam indica que se ignora la naturaleza del calor y del frío, y su influencia en la atmósfera y en los animales que en ella viven. Lo que ocurre es que el color negro, común en las gentes de los climas primero y segundo, es consecuencia de las características de la atmósfera en la que viven, provocadas por el intensísimo calor que hace en el sur. El sol cae perpendicularmente sobre ellos dos veces al año, próximas la una a la otra, y esta situación se prolonga durante la mayor parte de las estaciones. Ello hace que la radiación solar sea muy mantenida y que estén sometidos a una intensa canícula, de manera que la fuerza del calor es lo que ennegrece su piel⁷.

⁶ *Ibíd.*, págs. 693-964.

⁷ *Ibíd.*, pág. 137.

Sin embargo, el influjo no se limita al aspecto físico, sino que determina también los rasgos psicológicos de los habitantes de cada zona. Así, nuestro autor señala que en los países cálidos se observa un comportamiento ligero, de alegría, exteriorización y desenfreno, mientras que en los fríos se observa un comportamiento más reflexivo, triste y de interiorización. Ibn Jaldún añade a su análisis la influencia de la alimentación, en lo que se refiere a su calidad y cantidad, sobre la psicología y las creencias humanas.

Hay que tener también en cuenta que el efecto de esa abundancia, visible en lo físico y en lo anímico, se manifiesta igualmente en los aspectos espirituales y en las creencias religiosas. Por ello encontramos que las poblaciones más frugales [...] son más religiosas y más inclinadas a la espiritualidad que la gente dada al lujo y a la opulencia. Es más, la gente piadosa es escasa en las ciudades y centros urbanos, donde la mayoría de ellos son poco sensibles y poco cumplidores, lo que se relaciona (entre otras cosas) con la abundancia de carnes, condimentos y trigo fino.

Por tanto, Ibn Jaldún considera que los caracteres psicológicos de cada pueblo se deben a las condiciones materiales en las cuales viven sus habitantes. El medio geográfico ofrece una serie de determinaciones y posibilidades importantes para la vida de los grupos sociales, sin embargo, nuestro autor no planteará un determinismo riguroso. Los caracteres humanos no se deben exclusivamente al medio, sino que también se adquieren por educación y se fijan por costumbre. Estos dos factores ofrecen al hombre una segunda naturaleza que se sobrepone a los elementos innatos.

3.2. Rasgos fundamentales de la economía

En base a lo visto podemos constatar que, para nuestro autor, las diferencias entre los pueblos dependen en gran medida de sus condiciones de vida, que a su vez dependen de sus formas de procurarse los medios de subsistencia y que ello condiciona el tipo de organización social que poseen. De esta forma queda claro que para Ibn Jaldún el rasgo primordial de la sociedad civil radica en los aspectos de su vida económica. Algo semejante dirá siglos más tarde Karl Marx, al sostener que el modo de producción de la vida material determina en general el proceso social, político e intelectual de la vida.

Serán, de hecho, el modo de vida económico, la división del trabajo y su rol en la sociedad los criterios fundamentales que Ibn Jaldún empleará para distinguir entre los dos tipos de organización política estudiados en su obra: la nómada y la civilizada o urbana.

En el capítulo primero, donde se habla de la cultura humana en general, nuestro autor introduce algunos rasgos clave de la división del trabajo y las razones económicas de su indispensabilidad al sostener, como ya hemos indicado, que la fuerza de un solo hombre no basta para satisfacer todas sus necesidades. El origen de la proliferación de los oficios es explicado más adelante en una vinculación directa con la demanda social.

El hombre no puede permitirse ofrecer su trabajo a cambio de nada, porque se trata de su ganancia y de su modo de vida, ya que a lo largo de toda ella no obtendrá beneficio de otra cosa que no sea su trabajo, y no puede dedicarlo más que a algo que sea apreciado en la ciudad y cuyo beneficio revierta en él. Cuando un oficio es demandado y encuentra fácil salida, ese oficio es como una mercancía que se vende con facilidad en el mercado y que se importa para venderla. [...] Y si un oficio no es demandado ni su mercado es activo, no suscita deseos de ejercerlo y está condenado a ser abandonado y a desaparecer por el poco interés que despierta⁸.

El reparto del trabajo posibilita, según nuestro autor, producir más productos de los que el obrero necesita, dado que la división de las tareas comunes aumenta el rendimiento ya que la especialización permite cubrir las necesidades con un esfuerzo mínimo, quedando el remanente disponible para los mercados. De esta forma, la sociedad puede ahora dedicarse al comercio.

3.3. *Cuatro formas de ganarse la vida*

Sin embargo, antes de adentrarnos en los aspectos fundamentales del comercio, hemos de analizar las cuatro formas de ganarse la vida en la sociedad, propuestas por Ibn Jaldún: el poder, la agricultura, los oficios y el comercio.

La cuestión del poder la dejaremos de momento a un lado, pues su explicación se desarrollará adecuadamente en los apartados que

⁸ *Ibíd.*, pág. 731.

siguen. En cuanto a la agricultura, nuestro autor señala que es la forma primera de ganarse la vida, sustancialmente relacionada con la naturaleza y la vida rural. Los oficios son secundarios pues son artificiales y científicos, requiriendo para su desarrollo la reflexión y la especulación teórica. Esta es la razón por la que la división del trabajo solo puede darse en la urbe, por contraste con el campo, en el que la mayor parte de la población se dedica a una misma tarea.

Finalmente, el sentido del comercio, cuyos modos y procedimientos son calificados de argucias, es claro para Ibn Jaldún:

Ya hemos dicho anteriormente que el sentido del comercio es aumentar la riqueza comprando mercancías y tratando luego de venderlas a un precio superior al de la compra, bien esperando la fluctuación de los mercados, bien transportando dichas mercancías de un país a otro en el que se vendan mejor y a más alto precio, o bien vendiéndolas a un precio alto que se pagará tras unos tiempos determinados⁹.

3.4. *La teoría del valor*

En este punto cabe preguntarse por el origen del valor de los productos comercializados. La respuesta de Ibn Jaldún será una sorprendente teoría mixta basada en la idea de que el valor equivale por un lado al trabajo y por el otro, a la utilidad en combinación con la oferta y la demanda.

Una vez establecido todo esto es necesario saber, respecto a la riqueza que el hombre gana y obtiene ejerciendo un oficio, que esa ganancia y ese beneficio representan el valor de su trabajo. [...] Cuando el beneficio se obtiene con algo que no es un oficio artesano, necesariamente en el valor de ese beneficio y esa ganancia tiene que incluirse el valor del trabajo que se ha requerido, puesto que sin trabajo no se obtendría nada. En la mayoría de los casos la participación del trabajo es evidente y representa una parte mayor o menor del valor. Pero en ocasiones esta participación no se percibe, como ocurre en los precios de los productos alimenticios para la mayoría de la gente. [...] Queda con esto aclarado que los beneficios y las ganancias en su totalidad o en parte no son más que el valor del trabajo humano¹⁰.

⁹ *Ibíd.*, pág. 721.

¹⁰ *Ibíd.*, pág. 692.

El precio de los productos se determina en función de la cantidad necesaria de trabajo para obtener el producto, del coste de la elaboración considerado como la suma de la materia prima, el capital y el trabajo invertido, los impuestos, el lugar de elaboración, las condiciones de transporte, la época del año, los riesgos naturales y políticos, el beneficio y el deseo comunitario engendrado por el producto.

Cabe añadir además que la riqueza de la sociedad está vinculada directamente, según Ibn Jaldún, con el número de población, pues cuanto más aumenta esta más aumentan los trabajos que se vayan a realizar. Sin embargo, no solo esto, sino que se produce una mayor diversificación en la que progresivamente se multiplican los oficios dedicados al lujo y a la riqueza, es decir, a generar productos que no responden a las necesidades básicas, sino a lo que nuestro autor llama «lo superfluo». Todo ello se produce en un constante equilibrio de manera que si aumentan los ingresos, aumentarán los gastos y viceversa.

Este aumento de la población y su concentración en lugares concretos modifica el comportamiento de los individuos. En un breve pasaje del Libro I, podemos ver como Ibn Jaldún adelanta ciertos aspectos del llamado fenómeno de masas.

[...] obsérvese la semejanza entre las masas humanas y los enjambres de animales; entre los relieves de las mesas y los sobrantes de alimentos y de elementos de lujo; y el bienestar que ello supone a quien puede darlos, ya que generalmente puede prescindir de ellos puesto que posee más. Y debe saberse que la holgura de las condiciones de vida y la abundancia del bienestar en la población son consecuencias de lo numerosa que esta es¹¹.

A mayor población, mayor riqueza, de modo que un gobierno que favorezca el artesanado y el comercio puede aumentar considerablemente su población. Sin embargo, si esta es demasiado numerosa llega a un punto crítico y comienza su decadencia. Nada más añadiremos aquí respecto de este declive, pues será analizado más adelante cuando abordemos las causas de la decadencia de la sociedad.

Nuestro autor analiza también la competitividad los precios en las ciudades, donde estos son más altos debido a tres causas principales. En primer lugar, se da una gran necesidad de productos debido al elevado número de población que habita en las urbes de gran desarrollo social. En segundo lugar, el coste de estos productos se debe a que los trabajadores ponen alto precio a sus oficios debido a

¹¹ *Ibíd.*, pág. 656.

la facilidad de la vida en la ciudad. Y, finalmente, el gran número de personas pudientes y la necesidad que tienen de emplear a otros pagan a los trabajadores más de lo que vale su trabajo a causa de la rivalidad y de la pretensión de tener sus servicios en exclusiva. A causa de ello, los trabajadores se vuelven arrogantes y suben el precio de los servicios aumentando el gasto de los habitantes de la ciudad.

El fenómeno de la especulación también es tratado con gran atención por Ibn Jaldún:

La forma de obtener beneficio puede consistir en almacenar las mercancías y esperar la ocasión de que los mercados fluctúen y pase de precios bajos a altos, con lo que se obtiene un gran beneficio. O bien transportándolas de un país a otros en el que la demanda sea mayor que en aquel en que las compró, con lo que también se obtiene una considerable ganancia. Por eso un viejo comerciante, cuando le pidieron que revelase la verdad del comercio, dijo: «Te lo diré en dos palabras: Compra barato y vende caro. Con eso habrás captado lo que es el comercio»¹².

Esta forma de proceder es considerada por Ibn Jaldún como una de las actividades más perjudiciales para la civilización, a saber, aquella que consiste en apoderarse de la riqueza de la gente comprándoles lo que tienen a muy bajo precio y luego imponerles la compra de los productos a un precio muy alto por medio de la coerción y forzándoles a comprar y a vender.

En este punto, la argumentación de nuestro autor y su descripción del comportamiento social frente a la economía bien puede ser puesta en relación con nuestros tiempos actuales. Así, nuestro autor nos señala que los inconscientes se consuelan confiando en la bondad del mercado.

Su ambición les dice que aquello se arreglará gracias a las vicisitudes del mercado en relación con esas mercancías que les han impuesto a un precio excesivo. Pero como se les reclama el pago rápido, se ven obligados a vender a muy bajo precio, y la pérdida en las dos transacciones afecta a su capital¹³.

Estas pérdidas se hacen cada vez más graves con el paso del tiempo, afectando a todas las clases y profesiones hasta que se agota el capital. Quienes se dedican a los oficios no encuentran más salida que la de abandonar el mercado. «Y al quedar los mercados sin acti-

¹² *Ibíd.*, pág. 715.

¹³ *Ibíd.*, pág. 509.

vidad faltan también los medios de vida, y los impuestos del gobierno decrecen y se vienen abajo porque solo provienen de las transacciones comerciales»¹⁴.

4. LA AUTORIDAD: SOBERANÍA Y PODER

Hemos visto ya lo relativo al esfuerzo del hombre para ganarse la vida, debemos ahora analizar los aspectos de su definición como ser necesitado de autoridad. En este punto estudiaremos la concepción jalduniana del poder y la soberanía que constituyen el segundo pilar de nuestro análisis de la sociedad tal y como esta es descrita en la *Muqaddima*.

4.1. *Fundación por la violencia*

En primer lugar, hemos de tener en cuenta, tal como señala Cruz Hernández, que, en el momento en el que Ibn Jaldún escribe, el concepto de soberanía de los musulmanes norteafricanos estaba basado exclusivamente en la fuerza militar. Dinastías e imperios debían su fundación a la violencia, es decir, a la conquista armada de otros pueblos que eran tomados por la fuerza. De hecho, la propia argumentación jalduniana respecto al establecimiento, y sobre todo, expansión del poder de un Estado, se centra principalmente en las nociones de conquista, derrota, sometimiento y lucha. Las naciones se relacionan de forma agresiva, y en su propio seno los cambios de poder se conciben como causas de las intrigas y las revoluciones. Quizá esta actitud excesivamente pesimista, en la que no es común que se hable de alianzas, se deba a la propia intención de nuestro autor de ofrecer, no solo una narración verdadera de los hechos acontecidos, sino una interpretación verosímil, que atienda a lo que generalmente ocurre, de la propia dinámica de la sociedad en general.

4.2. *Origen de la soberanía*

«El ser humano —afirma nuestro autor— tiende por naturaleza a dominar en su semejanza con el Creador»¹⁵. Por tanto, el poder

¹⁴ *Ibíd.*, pág. 510.

¹⁵ *Ibíd.*, pág. 617.

real es una forma de organización social necesaria de la humanidad que se deriva de la propia naturaleza humana. Toda sociedad requiere necesariamente de un gobernante que ejerza el control y al que los ciudadanos puedan acudir.

Ibn Jaldún justifica esta idea con el hecho de que él no se está proponiendo analizar la política de la Ciudad Ideal, en la cual, según sostienen los filósofos, cada individuo, en base a su espíritu e idiosincrasia, puede dirigir su vida en sociedad en ausencia de gobernantes. Este no es el tipo de política que debe ser discutida, pues tal ciudad, para nuestro autor, es un mero ideal: «algo insólito y de rara ocurrencia que solo mencionan como hipótesis o suposición»¹⁶. Así, dado que en la realidad no se da aquel Estado en el que todos sus habitantes son autónomos y por ello capaces de tomar decisiones adecuadas respecto a la organización pública, se hace necesario un poder que gobierne por los hombres.

La política real presenta, según nuestro autor, dos modalidades. La primera es la que toma en consideración tanto el bien común de manera general como lo que le conviene al gobernante en particular para el mantenimiento de su reino. La segunda es aquella que atiende a lo que resulta conveniente para el gobernador y para el mantenimiento del poder por medio de la coerción y el uso de la fuerza. En este caso el bien común es secundario y «este es el tipo de política con el que rigen a las sociedades todos los reyes del mundo»¹⁷.

Sin embargo, este poder no se ejerce de forma absolutamente aislada por parte del soberano. Ibn Jaldún insiste, por ello, en el carácter relacional de la soberanía al subrayar lo que sigue:

Debe saberse que lo que al sultán interesa de sus súbditos no es lo que materialmente son. [...] Sino que lo único que tiene interés para él es su relación con ellos. El poder real y la autoridad son asuntos de relación, y esta es la que se establece entre ambas partes. [...] A la característica peculiar que supone el nexo entre él (el soberano) y ellos (los súbditos) es a lo que se llama «soberanía», que es lo que ejerce al gobernarlos¹⁸.

Pero no cualquier tipo de soberano es capaz de asegurar la vida en sociedad. Para evitar el caos y las revueltas, el poder debe ser controlado por leyes aceptadas de forma común, y a las que los súbditos

¹⁶ *Ibíd.*, pág. 538.

¹⁷ *Ibíd.*, pág. 539.

¹⁸ *Ibíd.*, pág. 326.

se sometan voluntariamente, dado que solo de esta manera el poder soberano y la civilización podrán mantenerse. Por ello, Ibn Jaldún advierte que la soberanía bien ejercida tiende a la mesura, mientras que cuando se ejerce con un poder violento en los castigos, indagando en los fallos de la gente y contento con sus faltas, el miedo y la humillación se apoderan de ellos, de modo que estos acaban refugiándose en la mentira, la astucia y la doblez.

Esto se hace en ellos naturaleza y corrompe sus mentes y sus caracteres. Muchas veces abandonan a su soberano en medio de las batallas o en las acciones defensivas, y la seguridad se debilita al deteriorarse sus intenciones. Con frecuencia se confabulan para matarlo, con lo que la dinastía se debilita y sus defensas se vienen abajo¹⁹.

Una cosa más queda por decir respecto de las características fundamentales de la soberanía, a saber, que según nuestro autor, no todo tipo de autoridad implica un verdadero poder real. Así, poder solo lo posee el que tiene súbditos, recauda impuestos, envía expediciones, protege las fronteras y no tiene sobre sí a nadie más poderoso.

4.3. *La ley*

Establecidos ya los rasgos del poder, hemos de señalar cuáles son las tareas que le deben ser encomendadas. Para Ibn Jaldún las principales funciones del gobierno son la defensa de la comunidad frente a las amenazas externas y el desorden interno, y el control de los asuntos políticos y comerciales.

Para llevar a cabo todos estos objetivos, el gobernante se sirve de leyes cuyo carácter necesario se justifica por lo que «para aquellos pueblos que poseen la verdad revelada, Dios ha determinado lo que conviene concretamente al hombre, tanto en esta vida como en la futura; por esto bastaría atenerse a los preceptos del legislador divino para realizar el orden del bien. Pero como no siempre el hombre acepta y cumple estos preceptos, las leyes son necesarias». Y como entre los malos hábitos de los hombres se encuentran la injusticia y la agresividad de unos contra otros, el soberano ha de ejercer su poder sobre ellos mediante un sistema judicial que determine las conductas aceptadas y castigue las infracciones.

¹⁹ *Ibíd.*, pág. 326.

Sin embargo, no cualquier ley es aceptable y será su carácter el que determine la supervivencia de la sociedad y la permanencia en el poder del soberano.

Cuando el dominio es bondadoso y justo, la ley por medio de la que aquel se ejerce se acepta sin esfuerzo, sin resistencia y sin aversión, y quienes están bajo tal dominio manifiestan libremente la valentía o la cobardía que hay en sus espíritus, confiados en la ausencia de constrictión. [...] Pero cuando el dominio y sus leyes se imponen por medio de la coerción, la violencia y el terror, entonces quiebra la fuerza de su coraje y hace desaparecer su resistencia como consecuencia de la atonía que se genera en los espíritus oprimidos²⁰.

Según nuestro autor la injusticia es la causa de la ruina de la civilización que provoca su decadencia y desaparición. Sin embargo, la apreciación de la injusticia que proviene del gobernante varía en relación con las condiciones de vida de la población. Cuando se trata de una ciudad grande, con muy diversas actividades y formas de vida, la decadencia que en ella se produce como consecuencia de la acción opresora y de la injusticia es relativamente leve. Ello se debe al hecho de que esa decadencia se produce gradualmente y puede permanecer oculta debido a la diversidad de circunstancias y actividades que se dan en la ciudad, de manera que su efecto solo se manifiesta pasado un tiempo.

La injusticia no consiste para nuestro autor simplemente en apoderarse de los bienes de otros sin compensación y sin causa justificada, sino que cubre un espacio más amplio. Todo el que se apodera de la propiedad de otro, o le fuerza a trabajar o le demanda algo sin derecho, o le impone una obligación no prescrita por la ley comúnmente aceptada, comete injusticia. Pero una de las más grandes injusticias y las que mayor daño causan a la civilización, según Ibn Jaldún, es la imposición de trabajos y exigencias de prestaciones a los súbditos sin derecho alguno. Ello se debe a que el trabajo es el medio de acceder al sustento y a la ganancia, que representan el valor del trabajo para la gente que vive en la civilización, y, por tanto, es con su esfuerzo y con su trabajo con lo que consiguen riqueza y su ganancia. Así, si se les obliga a trabajar en algo ajeno a su actividad, no obtienen ganancia alguna y se les priva del valor de su trabajo.

²⁰ *Ibíd.*, pág. 213.

Los recaudadores de impuestos injustos son injustos; quienes oprimen con tales impuestos son injustos, quienes los toman por la fuerza, son injustos, quienes privan a la gente de sus derechos, son injustos, quienes de una forma o de otra se apoderan de las propiedades de los demás son injustos²¹.

4.4. *El gobernante*

En este punto llegamos a la descripción de los rasgos que el gobernante particular debe exhibir. En primer lugar, según Ibn Jaldún, para evitar la anarquía y la injusticia, debe ser un mandatario poderoso con gran capacidad de imponer su autoridad. Sin embargo, con esto no basta, pues la sociedad ha de estar regida por los mejor formados para el ejercicio activo del poder.

Puesto que, según ya dijimos, el deseo de ejercer la autoridad es algo natural en el hombre, como algo propio de la naturaleza de la sociedad, y dado que el ser humano es más próximo a las características buenas que a las malas, porque así lo determina su disposición natural y la fuerza de su intelecto razonador —ya que lo malo en él solo proviene de las fuerzas animales que en él perviven—, tanto más humano será cuanto mayor sea su tendencia al bien y más le acerquen a él sus características propias. La tendencia a ejercer el poder y el gobierno es algo que el hombre posee por el mero hecho de ser humano, ya que ambas cosas se dan exclusivamente en el hombre, no en los animales. Por tanto, las buenas cualidades que posea son las que resultarán más apropiadas para ejercer el gobierno y el poder, ya que la probidad es necesaria para ese ejercicio²².

Si bien el respeto hacia los individuos virtuosos o poseedores de especiales características supone la perfección de la política en general, según Ibn Jaldún, el gobernante no puede ser sin embargo el filósofo. El exceso de inteligencia y agudeza puede ser un defecto para quien dirige la política, pues razona demasiado y puede acabar exigiendo a sus súbditos lo que está por encima de sus capacidades. De la misma forma, la estupidez implica una rigidez extrema. Por tanto, para nuestro autor, el carácter intelectual del gobernante debe evitar los extremos.

²¹ *Ibíd.*, pág. 615.

²² *Ibíd.*, pág. 244.

Además de justicia, idoneidad y moderada sabiduría Ibn Jaldún destaca como rasgos importantes del gobernante la generosidad, el perdón de los errores, la tolerancia con el débil, el acogimiento de los huéspedes, la tutela a los huérfanos, la atención al indigente, la paciencia entre las adversidades, el cumplimiento de la palabra dada, la liberalidad, el gran respeto y honra a los mayores, admisión del derecho de quien lo demanda, justicia con los débiles que no se pueden valer por sí mismos, evitación de la traición y el engaño y cumplimiento de lo pactado.

4.5. *La pérdida del poder*

Finalmente añadiremos que dado que «quien rige la dinastía solo puede alcanzar el poder con la ayuda de su pueblo, que constituye su grupo de ayuda y sus colaboradores en la empresa»²³, un comportamiento inadecuado en alguno de los aspectos antes citados será señal de que el gobierno padece una enfermedad crónica, pues ha corrompido la cohesión social sobre la cual se había edificado su superioridad con respecto al resto de miembros de la sociedad.

Entonces los corazones de las gentes de la dinastía enferman como consecuencia de la humillación y de la hostilidad del sultán, comienzan a odiarle y esperan con ansiedad que todo cambie. El efecto negativo de todo esto revierte en la dinastía; y no cabe esperar que se recupere de esta enfermedad porque el paso del tiempo refuerza incesantemente el mal, hasta que los últimos vestigios de aquella desaparecen²⁴.

5. EL VÍNCULO SOCIAL: ASABIYA

Antes de adentrarnos en el estudio jalduniano de la dinámica social, en el que se explican las causas de la institución, crecimiento y decadencia de la sociedad, hemos de introducir la noción de *asabiya*, eje central de toda la obra y que nuestro autor empleará para explicar todas las dimensiones de lo político.

Se trata de una expresión empleada más de 500 veces en la obra, y que ha sido fuente de numerosas controversias entre los

²³ *Ibíd.*, pág. 315.

²⁴ *Ibíd.*, pág. 316.

historiadores. E. Rosenthal la definió como «la fuerza motriz del futuro Estado», Toynbee, como el «protoplasma psíquico de que están constituidos todos los organismos políticos, todos los organismos sociales», Helmut Ritter sostiene que lo que Ibn Jaldún llama *asabiya* es lo mismo que Maquiavelo denomina «virtud»: la actividad innata al poder político y a la acción combativa, la asociación entre la voluntad del poder y la habilidad de maniobra que caracteriza a los jefes. Gracias a la unión de estas cualidades, estos consiguen imponer sus puntos de vista a una masa de hombres y arrastrarla. Akbar Ahmed, reconocido como uno de los más importantes académicos del mundo musulmán contemporáneo, la define como la «lealtad de grupo, cohesión social, o solidaridad». Al respecto, Bassam Tibi comenta: «en la visión de Ibn Jaldún, cada civilización está basada en la conciencia de sí misma, expresada en la *Asabiya*. *Asabiya* puede traducirse como el *esprit de corps*, resumido en un sistema de valores y normas y una visión común del mundo». O, tal como dice Albert Hourani, puede entenderse como «un espíritu corporativo orientado hacia la conquista y la conservación del poder».

Este concepto no cuenta con una traducción literal al español. Una interpretación aproximada de *asabiya* sería la de «agnación» o «coligación», entendidas la primera como el «parentesco de consanguinidad», haciendo referencia a los lazos del hombre con la familia; y la segunda entendida como la «unión o confederación de varias personas para algún fin», apuntando a la relación del hombre con su comunidad.

Aunque a primera vista el concepto parece muy ambiguo, se puede observar que los autores concuerdan en que esta idea da cohesión al espíritu de la comunidad, por ello en nuestro caso lo tomaremos en el sentido de vínculo social que mantiene la sociedad, al modo de la unión natural y extremadamente fuerte del parentesco de sangre, cohesionado. Se trata, por tanto, primordialmente de un vínculo de linaje, de pertenencia a un clan con el que el individuo se siente fuertemente identificado.

Sin embargo, definir la *asabiya* como mero lazo sanguíneo sería un error, pues para Ibn Jaldún es posible que un extraño entre en el clan participando de los derechos y obligaciones en la misma medida que en consanguíneo. En este punto, el linaje puede ser superado por la costumbre, que, como vehículo de transacción, permite la integración del otro en la sociedad.

Quiero, además, insistir en los aspectos empáticos y solidarios que conlleva este vínculo.

Porque Dios ha puesto en los corazones de sus siervos la solicitud y el afecto hacia los parientes y los allegados como algo propio de la naturaleza humana, y de ello surge la ayuda y la asistencia mutuas, y hace que aumente el miedo que hacia ellos sienten los enemigos²⁵.

Porque el respeto hacia émulos y semejantes es algo necesario para ejercer el poder específico que afecta a la propia tribu y a sus competidoras²⁶.

La *asabiya* no es, por tanto, solamente aquello que distingue a los que están fuera de los que están dentro de la sociedad, sino que implica también una serie de exigencias que atañen a las relaciones interpersonales. Ayuda mutua, respeto y confianza son tres rasgos que han de distinguir a la sociedad bien cohesionada.

5.1. *Los tipos de asabiya*

Nuestro autor distingue entre tres tipos de cohesión social que emanan de las tres formas de relación intra y extracomunitaria: la sangre, la alianza y la clientela.

La cohesión social más fuerte se da principalmente entre las tribus nómadas unidas por lazos de sangre y formadas por un número reducido de miembros. La unión entre los de la misma sangre se da, según Ibn Jaldún, de manera natural en el hombre y ella radica en el afecto entre los allegados.

Los otros dos tipos, aunque pueden desarrollarse en las relaciones que las tribus nómadas sostienen con el exterior, se dan fundamentalmente en la civilización urbana.

La alianza y la clientela, por tanto, también establecen vínculos de cohesión, pues

todo el mundo siente afecto hacia los aliados y clientes a causa de la solidaridad que se manifiesta cuando se comete una injusticia contra el vecino, el prójimo o el allegado con el que existe algún tipo de relación. Esto es debido al que el sentimiento de la proximidad en la relación de clientela es como el que se tiene hacia los parientes o semejante a él²⁷.

²⁵ *Ibíd.*, pág. 217.

²⁶ *Ibíd.*, pág. 247.

²⁷ *Ibíd.*, pág. 219.

Por tanto, la asabiya, como condición de la estabilidad y prosperidad de una comunidad, implica consentimiento y obediencia. De modo que el soberano, tal como hemos visto ya, debe procurar el mantenimiento de la asabiya adquiriendo las cualidades necesarias para asegurar la obediencia y el consentimiento. De lo contrario, si mantiene una actitud de violencia hacia sus súbditos, la cohesión se deteriora generando la destrucción de la sociedad. Es evidente, por todo ello, que los sentimientos y acciones impulsados por el vínculo de cohesión, a pesar de ser naturales, no se derivan de una obediencia ciega. El soberano debe mantenerse lejos de un determinado límite para mantener la obediencia del grupo que, como tal, no es incondicional.

Volviendo su mirada, de nuevo, a lo que de hecho ocurre en las sociedades humanas, Ibn Jaldún, señala que el sentimiento de cohesión puede verse debilitado por una serie de factores. En este sentido, si la asabiya se debilita, la autoridad del soberano puede verse comprometida hasta tal punto que la comunidad llegue a desintegrarse. Los individuos consideran que sus intereses y aspiraciones no se ven atendidos adoptando por ello una actitud individualista que resulta nefasta para la totalidad política, pues esta fragilidad en la cohesión pone en riesgo la colaboración y con ello la seguridad de la comunidad.

6. LAS FASES DE LA SOCIEDAD

Una vez establecido el sentimiento de cohesión como la fuerza comunitaria que nace de cada sujeto hacia su comunidad, de modo que es responsabilidad de cada uno mantener vivo este sentir colectivo, Ibn Jaldún se dispone a presentar las fases del desarrollo por el que pasa toda sociedad.

6.1. *Dos tipos de sociedades*

Según el grado de desarrollo, nuestro autor distingue dos tipos de sociedades. La primera es la caracterizada por la forma de vida nómada, que se basa en la agricultura y la cría del ganado. Los hombres pertenecientes a este tipo de comunidad se limitan a lo indispensable en lo concerniente a comidas, vestidos, lugares de habitación, y no poseen comodidad ni lujo alguno que vaya más allá de lo necesario. Referida a la vida nómada, hallamos en Ibn Jaldún, el

mismo tipo de alabanza del Estado primitivo, común en las épocas de decadencia, que aparece en la admiración de Tácito por los germanos, la reivindicación de la vuelta a la naturaleza de Rousseau o la dramatización de los héroes antiguos de Wagner.

La sociedad primitiva es la mejor cohesionada, en ella los vínculos comunitarios son más fuertes porque los miembros de la comunidad están relacionados por lazos de sangre. Ibn Jaldún sostiene que los nómadas están más cerca de la bondad que los sedentarios, pues su alma se halla preparada para recibir lo que a ella llegue sea bueno o malo. Además, su apartamiento de las ciudades les obliga a defenderse por sí mismos sin delegar en ningún otro ni confiar su salvaguarda a los ajenos, hecho que les convierte en valientes y autónomos. La adversidad del medio y la escasez de los recursos agudizan su inteligencia y fortalecen su cuerpo.

A estas poblaciones, [...] carentes de grano y de condimentos se las ve en mejor situación física y anímica que a los que habitan las colinas, sobrados de medios de vida. Su raza es pura; sus cuerpos bien formados; sus figuras bellas y bien proporcionadas; sus caracteres equilibrados; y sus mentes agudas para la comprensión y la percepción²⁸.

Todo ello se explica de nuevo por el hecho de que «el ser humano es hijo de sus costumbres y hábitos, no de la naturaleza y el temperamento. Son las circunstancias las que lo conforman hasta convertirse en rasgo natural, en elemento dominante y en hábito»²⁹. Así, según nuestro autor, la vida nómada es el fundamento de las ciudades y de la vida sedentaria y precedente de ambas, ya que lo primero que busca el hombre es lo absolutamente necesario y no se preocupa de lo superfluo y lujoso más que cuando la necesidad primaria ha sido satisfecha. Pero la sociedad evoluciona de tal modo que, según Ibn Jaldún, podemos llegar a la conclusión de que el establecimiento en las ciudades es la meta natural de la vida nómada que tiende hacia ello, hasta conseguir su objetivo.

El segundo tipo de sociedad es la caracterizada por la vida sedentaria que se distingue por la diversidad de lujos y el conocimiento de las técnicas usadas para conseguir sus variedades y modalidades en lo referente a comidas, edificaciones, defensa y administración. Ello genera la especialización de los diversos trabajos que responden a la di-

²⁸ *Ibíd.*, págs. 143-144.

²⁹ *Ibíd.*, pág. 213.

versificación de las apetencias, deseos, gustos y placeres en las formas de lujo y las variadas costumbres que en esta sociedad florecen.

6.2. *Las edades de la sociedad*

Ibn Jaldún ofrece una visión orgánica de la duración de la sociedad, en la que asemeja el cuerpo político al cuerpo humano, pues al igual que este crece hasta que llega a un punto en el que se detiene y luego comienza a retroceder. Así, cada dinastía no sobrepasa normalmente las tres generaciones (cada generación dura aproximadamente cuarenta años). Ello se debe a que la primera generación mantiene características propias de la vida primitiva: rudeza, carácter indómito, valentía, sentimiento de orgullo compartido y gran capacidad de soportar las adversidades y privaciones. La segunda generación modifica su comportamiento con el poder y el lujo y se acomoda pasando de las privaciones al bienestar y a la abundancia. Queda, sin embargo, mucho de lo antiguo porque esta generación tiene contacto con la primera, conoce sus orígenes y es testigo de su sentimiento de orgullo, sus aspiraciones de gloria y su determinación para defenderse. Finalmente la tercera generación se olvida completamente de sus inicios difíciles y humildes como si estos jamás hubieran existido.

La cuestión del olvido, o lo que también podríamos llamar pérdida de la memoria histórica, es capital en la explicación jalduniana de la decadencia de la sociedad. Según nuestro autor, el hecho de que las generaciones desconozcan las circunstancias que rodearon la instauración de su actual sistema de gobierno hace que los individuos sientan que «solo son miembros de ella, que esta está firmemente establecida, y que los demás les están sometidos, de manera que ya no creen necesaria la cohesión para mantener su autoridad. Desconocen cómo fueron las cosas en sus comienzos y cuántas dificultades tuvieron que sufrir los que iniciaron la dinastía para alcanzar el poder»³⁰.

6.3. *Las cinco fases de la sociedad*

Dentro de estas tres etapas cronológicas marcadas por la sucesión de las generaciones, Ibn Jaldún destaca cinco fases por las que pasa una sociedad desde su fundación hasta su absoluta desintegración.

³⁰ *Ibíd.*, pág. 264.

La primera fase es la del logro de lo que se desea, de la superación de los impedimentos y de la conquista de la soberanía arrebatada al anterior sistema de gobierno. El soberano de esta fase es modelo de gloria para su pueblo, no quiere nada para sí y recauda impuestos que retornan al pueblo.

En la segunda fase, el gobernante comienza a ejercer el despotismo sobre su gente y hace lo posible por mantener el poder en exclusiva. Se dedica a rodearse de servidores y a conseguir alianzas con los clientes, que le permitan permanecer en el poder.

La tercera fase es la de la calma y la tranquilidad. Se recogen en ella los frutos del poder y toda la energía se emplea en la recaudación de impuestos, el control de los ingresos y gastos, el cálculo de las pensiones que deben pagar y la moderación. También es el momento de las grandes obras públicas: se levantan monumentos, se mejora el trazado de las ciudades y se invierte en infraestructuras. Hay amplia generosidad en las pagas a los funcionarios y se agasaja al pueblo con festejos. Esta es, según Ibn Jaldún, la última fase en la que los gobernantes son del todo libres, en el sentido de que crean nuevas leyes e innovan en la toma de decisiones.

En la cuarta fase, también de paz y satisfacción, se produce, sin embargo, una vuelta o añoranza del Estado primitivo, en la que prolifera la admiración mítica de los antepasados.

(El gobernante) adopta las costumbres de los que le precedieron y sigue sus huellas paso a paso. Transita por sus vías con el mayor cuidado en imitarles, porque sabe que desviarse del camino marcado por ellos sería la ruina de su poder, pues ellos mostraron la agudeza de su visión en la gloria que labraron³¹.

La quinta y última fase es la del exceso y la dispersión. A continuación, analizaremos todos los síntomas que nuestro autor señala como indicios de la absoluta decadencia de la sociedad civil.

6.4. *Causas de la decadencia*

Este último apartado de nuestro trabajo mostrará a Ibn Jaldún como un verdadero interlocutor de nuestro propio tiempo. Su análisis agudo de los procesos de decadencia claramente nos hará evocar situaciones que hoy en día podemos percibir en todos los niveles de la sociedad.

³¹ *Ibíd.*, pág. 302.

En lo que se refiere a darse a los lujos, lo que ocurre es que, cuando una nación alcanza la supremacía y se apodera de las posesiones de los gobernantes que la precedieron, ve incrementadas sus pertenencias y sus comodidades. Adoptan nuevos hábitos y, de apetecer solo lo necesario para llevar una vida sobria, pasan a desear lo superfluo, lo delicado y lo bello. [...] Ello les lleva a la exquisitez en sus hábitos de comidas, vestidos, ajuar doméstico y objetos decorativos. [...] Se dedican entonces a gozar de los frutos del poder en forma de edificios, viviendas y vestidos. Edifican palacios, instalan agua corriente, plantan jardines y se dan a los placeres del mundo. Prefieren la tranquilidad a las fatigas. [...] Se sienten más necesidades, los gastos se hacen superiores a los ingresos y las entradas no son suficientes para atender a dichos gastos. El pobre muere y el rico dilapida todo lo que tiene en lujos. Esto va en aumento en las generaciones siguientes hasta que todos los ingresos resultan insuficientes para costear los lujos y las costumbres que han adquirido. La necesidad los alcanza y, cuando sus reyes les reclaman lo que necesitan para atender a los gastos de las campañas y las guerras, no encuentran con qué satisfacerlos.

Uno de los efectos, por tanto, que genera el aumento de riqueza de las sociedades es la tendencia de sus habitantes al despilfarro y a la vida por encima de sus propias posibilidades. Aunque las dificultades económicas comiencen a contagiar la sociedad,

quien ha visto a la mayor parte de las personas vestir de seda y brocado, decorar con oro sus armas y sus monturas no puede diferenciarse en esto y ponerse a usar vestidos y complementos groseros. Las costumbres adquiridas se lo impiden y le hacen considerar inadecuada su acción. Y si lo hiciera, sería tenido por loco y extravagante, por abandonar las costumbres de repente³².

Sin embargo, el equilibrio comienza a romperse, la exigencia de lujos y el exceso de los gastos hacen que los impuestos hasta ahora mantenidos no sean suficientes. Como primera medida se aumentan los impuestos y tasas individuales, pero ello no consigue paliar la situación. «El jefe de la dinastía inventa entonces nuevos tipos de tributos con los que grava las transacciones comerciales imponiendo un gravamen determinado sobre los precios de los mercados y sobre las mercancías de primera necesidad en las puertas de los mercados.» Ello hace que los mercados comiencen a paralizarse, lo que agrava

³² *Ibíd.*, pág. 519.

todavía más la situación económica, hasta destruirla. Entonces todos los comerciantes y obreros que trabajaban para cubrir todos esos lujos pierden sus trabajos y deben abandonar las ciudades, bien para volver a la agricultura, bien para trasladarse a otros lugares donde sus servicios sean requeridos.

Sin embargo, esta decadencia no afecta simplemente al estado económico de los ciudadanos, sino que se refleja además en las costumbres y modos de sus habitantes:

Las poblaciones sedentarias a causa de muchos y variados placeres y hábitos de lujo por los que se preocupan, de su solicitud por los bienes terrenales y de su dedicación a las pasiones que estos despiertan, tiene su espíritu percutido por gran número de costumbres censurables y perniciosas. Y ello hasta el punto de que han desterrado de sus costumbres los comportamientos decorosos, y encontramos que muchos de ellos difaman y profieren palabras soeces en sus tertulias y cuando se dirigen a personas de mayor rango³³.

Finalmente este tipo de sociedades son fácilmente dominadas por otras, bien sea de forma directa, bien indirecta, pues el dominio no es solo por vía militar, sino también económico-cultural. Así Ibn Jaldún señala que el alma humana siempre está convencida de que la perfección reside en quien la domina. Este sentimiento viene provocado por el profundo efecto que en ella causa el respeto que la perfección suscita, o por su error al considerar que el haber sido sometida se debe a la perfección del vencedor. Por tanto, es signo de que una sociedad esté siendo dominada, su tendencia a adoptar todos los modos de comportamiento de otra sociedad para intentar parecerse a ella. Al hacerlo considera que el poder y la fascinación ejercida no proviene de la fuerza (militar, económica o de cohesión) de la sociedad, sino de sus formas de comportamiento. «Por eso vemos que el sometido siempre trata de parecerse al vencedor en su forma de vestir, en sus monturas y en sus armas, tanto en el uso como en las formas mismas. Es decir, que lo imita en todo»³⁴.

Por tanto, nuestro autor señala como característica psicológica de la etapa de decadencia una tendencia a imitar a quien domina. «Igualmente puede observarse en cualquier lugar del mundo cómo, por lo general la gente se siente atraída por la forma de

³³ *Ibíd.*, pág. 208.

³⁴ *Ibíd.*, pág. 253.

vestir de los guardias y soldados del sultán, porque ellos son los que le dominan»³⁵.

Así, la forma de vida sedentaria es el punto final de la civilización, y supone, según Ibn Jaldún, su paso a la corrupción, el último grado de maldad y mayor alejamiento de la bondad. A todo ello hemos de añadir simplemente que no importa lo que los gobernantes o ciudadanos intenten hacer para salvar la civilización, su decadencia es un fenómeno natural inevitable que tarde o temprano acaba haciéndola desaparecer.

³⁵ *Ibíd.*, pág. 254.

JOSÉ-MIGUEL MARINAS (Ed.)

PENSAR LO POLÍTICO
Ensayos sobre comunidad y conflicto

BIBLIOTECA NUEVA



grupo editorial

siglo veintiuno

siglo xxi editores, s. a. de c. v.

CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

salto de página, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

editorial anthropos / nariño, s. l.

DIPUTACIÓ, 266,
08007, BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

siglo xxi editores, s. a.

GUATEMALA, 4824,
C 1425 BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

biblioteca nueva, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

Cubierta: José María Cerezo

PENSAR lo político : ensayos sobre comunidad y conflicto /
José-Miguel Marinas (ed. lit.). – Madrid : Biblioteca Nueva, 2012
256 p.: il. ; 21 cm
ISBN 978-84-9940-271-0
1. Política 2. Ciudadanía 3. Violencia 4. Democracia 5. Filo-
sofía 6. Sociología 7. Psicoanálisis I. Marinas, José-Miguel, ed. lit.
1 HP
304.2 JHB
316
316.6 JMH

© Los autores, 2012

© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2012

Almagro, 38
28010 Madrid
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9940-271-0

Depósito Legal: M-19.377-2012

Impreso en Lável Industria Gráfica, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.